



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Lectio

Discurso del Prof. Dr. Paul Preston
en el Solemne Acto de su Investidura como
Doctor "*Honoris Causa*" por la
Universitat de València

Valencia, 26 de octubre de 2015

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad de Valencia,
Autoridades, distinguidos profesores, estudiantes, señoras y señores.

En primer lugar, quiero manifestar mi reconocimiento por esta distinción en esta universidad, en esta ciudad, en esta región y en España, unos lugares que, como intentaré demostrar, tienen una gran importancia en mi vida tanto académica como personal. A continuación, tengo que expresar mi agradecimiento a mis dos padrinos los profesores Pedro Ruiz e Ismael Saz. La laudatio inmerecida que ha pronunciado el profesor Saz hace volver a mi mente las colaboraciones que tuvimos en la época en que yo iniciaba en Londres la primera edición del centro de estudios sobre la España contemporánea a finales de los años ochenta. A la sazón, él era uno de los primeros historiadores que vinieron a trabajar conmigo y fue el comienzo de una colaboración fructífera durante un cuarto de siglo.

Hace unos momentos, dije que España, el País Valenciano y la ciudad de Valencia tienen mucha importancia en mi vida. Sin embargo, aunque comencé mi relación con España a finales de los años sesenta, no conocía a Valencia hasta 1976. Fue consecuencia de haber trabado amistad en Londres con José María Coll Comín, todo un hito en mi vida. Gracias a esa amistad y la generosidad ilimitada de Pepe Coll, en los años siguientes, tuve la suerte de conocer las tres provincias valencianas.

Hace unos cuarenta años, empecé a colaborar con la Anglo-Spanish Cultural Foundation de Londres establecida por un exportador de naranjas de Burriana, don Vicente Cañada Blanch. La Fundación, cuya labor sigue hoy día en Valencia, entonces otorgaba unas becas a los jóvenes británicos que aspiraban a hacer investigaciones en España. A través de mi colaboración con la fundación, conocí a Miguel Dols de Burriana, que era el alma, la inspiración y el impulso de la Fundación. Luego fue por el empuje de Pepe Coll y Miguel que se estableció la Cátedra Príncipe de Asturias y el Centro Cañada Blanch para el Estudio de la España Contemporánea en la London School of Economics. El Centro sigue siendo un enlace muy importante entre Londres y tanto la ciudad como la Universidad de Valencia ya que, entre sus actividades, siempre han tenido prioridad temas valencianos. Entre el programa de publicaciones del Centro se ha desarrollado una importante colaboración con la editorial Publicacions de la Universitat de València.

Luego, por invitación tanto de la Universidad de Valencia como de la Fundación Cañada Blanch, he hecho muchas conferencias aquí y siempre me ha encantado el calor con el cual he sido recibido. Además, a lo largo de los años, pude establecer una muy buena relación profesional con muchos historiadores de la Universidad de Valencia, con Ismael Saz y Pedro Ruiz, ya mencionados, con Isabel Burdiel, Aurora Bosch, Teresa Carnero, Ferran Archilés y otros. Como no podría ser de otra manera, un elemento de mi interés por la región supone para mí la guerra civil y el sufrimiento del pueblo valenciano. Por tanto, mientras confeccionaba mi libro *El holocausto español*, pude contar con la colaboración de unos historiadores locales expertos en el tema, entre ellos: Vicente Gabarda, Ricard Camil Torres y Eladi Mainar con quien tenía una amistad desde

hace muchos años.

Es curioso notar, al repasar mis trabajos, hasta qué punto Valencia tiene un lugar pre-eminentemente sobre todo el tratamiento que di, en mi tesis doctoral, a la Derecha Regional Valencia, origen de la Confederación Española de Derechas Autónomas, y en otros libros a la figura de Luis Lucía. Este breve recorrido que he hecho de mi relación con Valencia, Castellón y Alicante no responde a la pregunta que se me hace con frecuencia en España, o sea cómo hice el viaje desde un barrio obrero de Liverpool no solamente a Valencia sino a dedicar mi vida profesional a la historia de España.

Tuve la suerte de ganar una beca para estudiar historia en la Universidad de Oxford. Al entrar en Oxford no tenía ni idea de lo que sería mi vida posterior, no me fui pensando que iba a ser profesor de universidad o historiador profesional. Estudiar en Oxford para alguien de una familia obrera era literalmente como ir a otro planeta. Es difícil transmitir la diferencia que había con la mayoría de los estudiantes, hablaban un variante del inglés que casi era otro idioma incluso, sus expectativas eran absolutamente diferentes.

La carrera de historia en Oxford entonces era muy tradicional, centrada en la historia medieval y moderna inglesa en sus aspectos constitucionales y apenas nada de Historia Contemporánea, lo que más me interesaba a mí. Además, muchos profesores creían con un cierto desdén que la historia contemporánea era trabajo de periodistas pero era mi gran interés. Yo había nacido en 1946, en Liverpool, una ciudad especialmente castigada por los bombardeos de los alemanes. De niños, a los siete u ocho años,

jugábamos poniendo las gabardinas como una capa abrochándonos solo el botón de arriba sin poner los brazos en las mangas. Nos íbamos a la calle y al correr con la velocidad suficiente, la capa se extendía por detrás y jugábamos a los aviones de guerra. Con diez o doce años mi gran afición ya era hacer las maquetas de los aviones de la Segunda Guerra Mundial, era bastante experto en ese tema. Creo que de eso nació en mí un gran interés por los orígenes y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial.

Antes de ir a Oxford, hice durante un año varios trabajos, trabajé en un supermercado llenando las estanterías, también en una dependencia de correos. Ahora, es muy corriente tener un año antes de ir a la universidad, el que se tiene para madurar, en el que muchos van de viaje o a trabajar con una ONG a África. Esto en inglés se llama ‘gap year’ o ‘año intervalo’. Antes no había nada de eso pero, en cambio, había una posibilidad de trabajar en un colegio como profesor ayudante. Trabajaba en un instituto en un barrio obrero duro de Liverpool del que salió después Wayne Rooney, el futbolista. Creo que fue una experiencia muy útil para mí. En ese recinto había un colegio primario y un instituto secundario. Yo trabajaba en los dos, era el suplente para cuando faltaba algún profesor. Con lo cual he sido de los pocos profesores de universidad que ha trabajado desde primaria, secundaria y todos los niveles de la universidad. Y creo que eso me ha ayudado muchísimo para entender lo importante que es que las clases sean claras y entretenidas.

Volviendo a mi interés por la historia contemporánea, en el momento en que se acercaba el final de mi carrera en Oxford ya había decidido que quería hacer un doctorado, aunque seguía sin idea de lo que quería

ser después. Si me iba a quedar en Oxford y hacer algo de Historia Contemporánea, con un tema de los años 30, siendo alguien sin dominio de idiomas, la única posibilidad habría sido investigar un tema de la política exterior británica y algún problema que tenía que torear. A la sazón, no sabía nada de España y, por supuesto que no sabía español. Había estudiado latín y sabía francés pero, aunque quería estudiar historia internacional, no me atraía mucho la historia francesa.

No sería hasta mi salida de Oxford cuando pasé a la Universidad de Reading para hacer un Master en historia contemporánea de Europa que pude estudiar las cosas que más me interesaban. Allí, tuve la suerte de comenzar a investigar a fondo los años treinta y la guerra civil española con el profesor Hugh Thomas, un profesor que funciona maravillosamente en pequeños seminarios. Hacía el papel de gran excéntrico inglés y era muy divertido. Ahí empecé a leer sobre la Guerra Civil y me pareció más fascinante que cualquier otro tema que había estudiado antes. Con las dudas que había tenido sobre qué hacer, la Guerra Civil fue la gran cornucopia. Me ofrecía la posibilidad de estudiar comunismo, anarquismo, fascismo, socialismo, masonería, y personajes como Stalin, Hitler, Mussolini, Trotsky, por no hablar de los protagonistas españoles. Había de todo.

Los estudios con Thomas me encantaron intelectualmente. Rápidamente llegué a agotar todos los existentes en inglés sobre el tema y me di cuenta que tenía que aprender español. Respecto a mis cientos de visitas a otras partes de España, tengo que decir que, quizás porque he tenido tantas experiencias lingüísticas muy desagradables en Francia, recuerdo con emoción el calor tan diferente con la cual la gente recibió mis

esfuerzos de principiante del español. También esto es algo que hay ver en el contexto de mi experiencia en el sur de Inglaterra donde había encontrado muy fría la gente. En cambio, la gente del norte, sobre todo de clase obrera, era muy abierta. Y en España, desde el primerísimo momento me encontré como si estuviera en mi casa. Cuando dominé bien el español me chifló el sentido del humor, creo que mi propio sentido del humor va bien en ese sentido, y la comida española ha sido mi perdición.

Después de hacer el Master a Reading, volví a Oxford per a hacer el doctorado sobre los orígenes sociales de la guerra civil. Estando allí, me pasó algo muy importante. Se publicó un artículo mío en un revista señera y el profesor Thomas me convenció que tenía que enviarle un ejemplar a Herbert Southworth, el gran historiador excéntrico americano cuyos conocimientos y técnicas forenses le habían convertido en una especie de gran inquisidor de historiadores, lo que hice con auténtica trepidación. Durante la guerra civil, Southworth había trabajado para la República española en Nueva York en una agencia de noticias. Después, dedicó gran parte de su vida al estudio de la guerra civil, llegando a ser autor de obras clásicas como *El mito de la cruzada de Franco* y *La destrucción de Guernica*, libro en el cual estaba trabajando cuando le conocí. Como consecuencia de su recibimiento cordial de la separata, comenzó una relación más bien filial con él. Aprendí mucho de él, empíricamente, teóricamente y sobretodo humanamente hasta tal punto que se convirtió Herbert en la más importante inspiración de mi trabajo. Sin embargo, quizás la lección suya más importante no la aprendí hasta su muerte. Aquella lección fue muy sencilla, fue que tanta sabiduría desaparece con la muerte del sabio. Por lo tanto, siempre he hecho un esfuerzo para

estar disponible todo lo posible para los alumnos y los lectores.

Descubrí casi por accidente que tenía cierta vocación de biógrafo. Cuando hice mi tesis, una cosa que me fascinaba era el papel de los individuos. Si alguien me hubiese preguntado cómo me definiría a mí mismo, habría dicho como historiador social. Lo que pasa es siempre me fascinaban la relación y la interacción entre los individuos y los grandes movimientos históricos. En *La destrucción de la democracia*, me centré mucho, en la parte sobre el PSOE, en la relación entre Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro, y sus secuaces, y dentro de la CEDA, la relación entre Gil Robles y quienes le seguían, las luchas entre la gente moderada de la CEDA como Manuel Giménez Fernández o Luis Lucía y los duros, como Cándido Casanova y otros muchos. Y también, cuando hice *El triunfo de la democracia*, puse mucho énfasis en el papel de individuos como Santiago Carrillo, Felipe González, el Rey Juan Carlos, Manuel Fraga, Adolfo Suárez, etc. Siempre he estado más a gusto escribiendo sobre individuos, pero nunca habría pensado que eso significara que yo tenía vena de biógrafo. Cuando acepté el encargo de hacer la biografía de *Franco*, hacia el año 82, empecé a trabajar con cierta renuencia. En Inglaterra me presionaban: decían que siendo hispanista, debía ocuparme de su figura pero yo tenía la impresión de que la figura de Franco era tan aburrida, tan odiosa, que no me interesaba. Sin embargo, una vez que empecé, me di cuenta de que me fascinaba. Franco era, personalmente hablando, un enigma, con aspectos bastante cómicos: un hombre que contrataba tanto a un alquimista como a un tramoyista que le ofreció confeccionar un polvo que disuelto en agua creaba el petróleo, un hombre que pensaba que Pablo VI era bolchevique o que Juan XXIII era masón, o que el mundo estaba regido por un superestado

masónico que no se sabía si estaba en la luna o debajo del Atlántico y al cual obedecían los gobiernos de Washington y Londres.

Cuando empecé mi carrera de historiador, todavía albergaba esperanzas de seguir leyendo todo lo que salía de historia italiana, rusa, alemana, inglesa etc... pero poco a poco y por la avalancha de cosas que salían sobre España me iba especializando cada vez más. Hasta el punto de que realmente lo único de que sé algo es la historia contemporánea de España. A veces mi mujer me dice: “¿Por qué no vamos a la India?” Y yo le contesto: “Es que hay trozos de España que aún no conozco.” Es que tengo un sentimiento que transmito muchas veces a mis alumnos: En esta vida se puede saber muchísimo de poco o poquísimo de mucho y les pongo el ejemplo de la mesa. Les digo: ‘Esta mesa es la historia del mundo, de ahí hasta aquí es el paso de los años, la cronología, y de aquí hasta ahí es la geografía. Todo eso es el mundo. Hay quien conoce toda la mesa pero solamente hasta el nivel del barniz. En cambio yo, ese nudo de aquí lo conozco hasta el sótano.’ Es una elección que uno toma.

Con este breve recorrido por mi vida, he ido acercándome a Valencia y a esta Universidad. La Universidad de Valencia goza de una muy merecida reputación internacional. Por tanto, Señor Rector, estoy muy consciente del honor que me hace y el privilegio de poder considerarme de ahora en adelante una pequeña parte de la Universidad. Muchas, muchas gracias.



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA